

PAUL MIRANDE

EL GENIO Y EL VERDUGO

CRÓNICAS DE LA RELATIVIDAD Y DE LA LUCIDEZ

CUENCA (ECUADOR), 2025.

Títulos originales : 1933 & VAL

Traducidas del neerlandés
por Cindy Goossens

Agradezco mi esposa Maria Carrasco
y mis amigos René López y Braulio Corozo
por haber revisado el texto final.

PORTADA : *Los genios atormentados*,
Francisco Maldonado Carrasco, 2025.

i.m. Elisabeth Käsemann (1947-1977)



*« Los filósofos juegan con la relatividad
como si fuera una muñeca.
Pero no se aplica ni a la filosofía,
ni a la vida. »*

Albert Einstein

(Nueva York, 26 de octubre de 1929,
The Saturday Evening Post)

*« Primero eliminaremos a los subversivos;
después a sus cómplices; luego a sus simpatizantes;
por último, a los indiferentes y a los tibios. »*

General Manuel Saint-Jean

(Buenos Aires, 6 de mayo de 1977,
The Guardian)

EL VELERO DE EINSTEIN
crónica de la relatividad

p. 5

LA MIRADA DE BORGES
crónica de la lucidez

p. 51

EL VELERO DE EINSTEIN

crónica de la relatividad

Le Coq-sur-Mer, 20 de julio 1933

1. Cárcel

—Por el amor de Dios —dijo el abogado y diputado Paul-Henri Spaak, hijo de mi jefa, al hombre que estaba en el umbral de la Villa Savoyarde—, perdone mi atrevimiento. Me dirijo a usted, profesor, con una solicitud de indulto para dos de sus admiradores. He venido en auto desde Bruselas con el Minerva de mi madre, la senadora Marie Janson. Una conversación en privado me pareció más sensata que una carta. Una carta se habría filtrado directamente a un periódico flamenco o francófono. Mañana es día de fiesta nacional y el ejército desfilará victoriosamente delante de la pareja real. ¿No es esa una excelente oportunidad para persuadir al Rey, su tocayo Alberto, de que indulte a mis dos clientes condenados por desertión? Después de todo, se dice que usted declaró en

Nueva York en octubre de 1929 que negarse a la conscripción era la única forma adecuada de acabar con las guerras. Y hace menos de un año, usted le escribió a Sigmund Freud una carta con la pregunta apremiante *¿Por qué la guerra?* Sin embargo, Leo Campion y Marcel Dieu, que se basaron en declaraciones tuyas, fueron condenados por un consejo de guerra a dieciocho meses y dos años de cárcel, respectivamente. Si estoy bien informado, usted mantiene buenas relaciones con la Reina Elisabeth, con quien incluso toca el violín. A Alberto Primero se le llama Rey-Soldado, pero también Rey-Caballero. Por supuesto, sólo él, como jefe de Estado, puede indultar a mis dos clientes. Siendo usted invitado especial de la Corte real, ¿podría interceder por ellos?

2. Hijo

Estas fueron las palabras que le dirigió Paul-Henri Spaak, hijo de la senadora Marie Janson, a Albert Einstein después de que la esposa de éste, Elsa, le denegara rotundamente la entrada.

Marie Janson, también conocida como *la Citoyenne*, es una mujer coqueta, con el pelo rubio peinado hacia atrás, una frente grande y una cara redonda y regular. Está casada con un tal Paul Spaak y firma siempre como *Marie Spaak*, casi nunca con su apellido de soltera. Es hija de Paul Janson, un liberal de pura cepa que luchó apasionadamente por el sufragio universal hasta su muerte en 1913. Esto es,

el sufragio universal único. El que otorga un solo voto a cada hombre y sólo se hizo realidad después de la guerra en 1919. Y cuando digo *cada hombre*, hay que entenderlo al pie de la letra. No estamos hablando del derecho al voto de las mujeres, que defendían las sufragistas. Ni entonces, ni ahora. En sus cocinas, las mujeres simplemente se preocupan menos de asuntos políticos. Mi jefa no está de acuerdo conmigo. Sin embargo, una y otra vez tiene que explicarles a las Mujeres Socialistas Previsivas, que ella misma fundó, por qué el Partido está en contra del sufragio femenino. Cuando digo *el Partido*, me refiero por supuesto al Partido Obrero Belga, cofundado por mi padre, César De Paepe. Conocí a Marie Spaak-Janson (como también se llama oficialmente) cuando era camillero durante la guerra. Yo hacía todo lo posible para no tener que llevar un arma. Por cierto, así es también como conocí a su diablillo, Paul-Henri, de quince años. Tanto le traumatizaron los prusianos a su entrada en Bruselas que, con apenas diecisiete años, él mintió sobre su edad para poder luchar contra el ocupante. ¿Y la consecuencia? Pasaría dos años en cautiverio alemán.

Cuando *la Citoyenne* fue incorporada en el Senado por designación del Partido en 1921, ella me reclutó como su chófer. El hecho de que mi padre, César De Paepe, al igual que el padre de ella, hubiera abogado por el sufragio universal, de seguro también influyó para que me contrate.

Ayer, mi jefa me pidió que llevara a su hijo a *le Coq-sur-Mer* al día siguiente. Yo ya tenía cuarenta y ocho años, nótese la edad a la que murió mi padre, pero nunca había

visto el mar. Sin embargo, yo había llevado a *la Citoyenne* a todos los lugares del país donde se dirigiría a las Mujeres Socialistas Previsivas. Allí, ella, la primera parlamentaria del país, como ya he mencionado, con frecuencia tenía que explicar por qué no ella, sino el Partido, estaba en contra del sufragio femenino. Después de todo, si las mujeres obtuvieran el derecho al voto, beneficiaría principalmente a las fuerzas conservadoras y no a las progresistas. Al fin y al cabo, ¡la Iglesia seguía teniendo demasiada influencia en el comportamiento electoral de tanto hombres como mujeres!

En estos doce años, yo había llevado a *la Citoyenne* hasta Amberes, Charleroi, Hasselt, Namur, Gante, Lieja y a pueblos cercanos. Pero debido a las circunstancias, aún no había llegado hasta la costa, aunque solo estaba algo más de cien kilómetros de la capital. En una ocasión, *la Citoyenne* tenía que pronunciar un discurso en *la reina de las ciudades costeras* (como a veces se llama a Ostende), pero yo en ese momento tenía cuarenta grados de fiebre, así que al final ella se fue en tren. Casualmente, mi padre había nacido en Ostende en 1841. Pero fue criado por mi bisabuela en Hamme, en la provincia de Flandes Oriental, por la que fluyen los ríos Dender, Leie y Escalda, pero que no linda con el Mar del Norte.

Mi jefa se negó a decirme qué iba a hacer su hijo en *le Coq-sur-Mer*. Quizá ni ella misma lo sabía. Paul-Henri, que ya tenía treinta y cuatro años y sólo llevaba un año en la Cámara de Diputados, era menos reservado al respecto.

—Vamos a visitar a un premio Nobel —dijo—.

— ¿Un premio Nobel de literatura? —pregunté—.

No era una pregunta absurda: Paul Spaak, el padre de Paul-Henri y, como ya he mencionado, el esposo de *la Citoyenne*, no sólo es abogado, sino también un célebre dramaturgo.

—No —se rio Spaak—. Un premio Nobel de física.

—¿De este año?

—No —se volvió a reír Spaak—. De 1921.

—¿Desde hace tanto tiempo ya? En ese año, su señora madre se convirtió en senadora y yo en su chófer. ¿Me sonará el nombre de ese premio Nobel?

—Creo que sí. A menudo sale en los periódicos.

—Me doy por vencido, doctor. No tengo la menor idea.

—Albert Einstein —dijo Spaak con una sonrisa demoniaca.

—Sí, he oído hablar de él. ¿Y? ¿Está al tanto de su visita? ¿Y qué le va a preguntar a este hombre importante?

—No he tenido tiempo de enviarle un telegrama. Pero voy a pedirle directamente que abogue en la Corte real, de la que él es un invitado especial, por el indulto de mis dos clientes condenados por deserción.

—¿Se refiere a esos dos barbudos rebeldes condenados anteayer a más de un año de prisión efectiva cada uno, tras haber devuelto sus libretas militares?

—Le cuento que *esos dos barbudos rebeldes* son mis clientes, César. ¿Puedo llamarlo *César* y tutearlo? Nunca conocí a tu padre, César De Paepe, uno de los fundadores de nuestro Partido. Murió nueve años antes de que yo

naciera, en 1899. Pero supongo que no te importa llevar el mismo nombre que él.

— Claro que no, doctor. Pero odio que me llamen *junior*. César De Paepe *junior*, es un nombre terrible. Por desgracia, tengo que ir por la vida con ese nombre. ¡Pero no quiero ser visto como la sombra de mi famoso padre!

—Mientras tú conduces el Minerva, César, yo voy a repasar el proceso de *esos dos barbudos rebeldes*, como tú los has llamado, en el asiento de atrás. La idea es presentárselo a Einstein de manera clara y precisa. Por cierto: Marcel Dieu, tal como tu difunto padre durante su juventud, es anarquista y prefiere que se dirijan a él como Hem-Day, por sus iniciales M de Marcel y D de Dieu. Considera que un anarquista no puede llamarse *Dieu*. Y no puedo reprochárselo. *Ni Dieu, ni maître*, ¿no es así como dicen los anarquistas?

—Cierto, *maître*, dije irónicamente, preguntándome cómo sonaría ese eslogan en español. ¿*Ni Dios ni amo*?

A pesar de todo, el comentario de Spaak sobre mi difunto padre no me sentó nada bien. Después de todo, mi padre había sido sin duda anarquista durante su juventud. Pero también fue miembro de la Primera Internacional y, por tanto, mantuvo correspondencia con Carlos Marx. Además, no se llamaban entre ellos *camarada* sino *ciudadano*. Mi padre intentó en vano reconciliar a los marxistas con los adeptos de Proudhon, Bakunin y Tolstoi. Sin él no habría existido el Partido Obrero Belga. Y sin el Partido Obrero Belga, no estaría Marie Janson en el Senado ni Paul-Henri

Spaak en la Cámara. Así que un poco de respeto no estaba de más, ¡aunque yo también estuviera al servicio del Partido!

En el Minerva rojo brillante que conduzco desde hace cuatro años, tenía que ir a recoger a Spaak a las ocho de la mañana a su residencia, una hermosa casa *Art Nouveau* en Saint-Gilles.

Cuando Spaak salió, al principio me miró con expresión extraña. Yo llevaba mi uniforme marrón ocre de chófer, con un quepis del mismo color, que me había quitado para dejar que *Monsieur le Député* subiera en la parte de atrás.

A continuación, me instalé al volante, volví a poner en marcha el motor, pisé el acelerador, e inmediatamente nos encaminamos hacia la costa...

3. Mar

—Me cuesta creer —me dijo Spaak desde el asiento trasero cuando salimos de Bruselas por la puerta de Ninove— que a tu edad no hayas visto nunca el mar. ¿Me equivoco al decir que tu padre nació en Ostende?

—No se equivoca, doctor.

Colgada del tablero de caoba del auto había una fotografía en blanco y negro tomada poco antes de la muerte de mi padre. Por aquel entonces, estos retratos aún se llamaban *daguerrotipos*. Había que imaginar los colores. El retrato nos mostraba a mis padres y a mí con trajes dominicales. Yo estaba entre mi madre, Hortense, y mi

padre, César. Sobre su esbelta y torneada figura, mi madre llevaba un vestido gris que le llegaba hasta los tobillos, una blusa beige que le ceñía el cuello y un enorme tocado negro. Aquello me parecía un nido de pájaro gigante, en el que un cuco hubiera podido poner su huevo. Yo mismo llevaba un rígido sombrero amarillo de paja con una ancha cinta roja alrededor, una camisa blanca que me ajustaba al cuello, y por encima una camisa marinera azul marino con un lazo amarillo. Encima, llevaba unos pantalones cortos de color gris claro que me llegaban justo por debajo de las rodillas, medias oscuras que sólo cubrían la mitad de mis pálidas espinillas y zapatos de cuero marrón. Mi padre, que para entonces ya tenía un aspecto enfermizo, llevaba zapatos negros, pantalones negros, una chaqueta negra y, sobre su chaleco negro, una larga barba negra entremezclada con canas. Pero lo que más llamaba la atención, era su alto sombrero negro, ¡con el que se parecía mucho a los capitalistas que combatía con tanta pasión!

Cuando hice ese comentario, Spaak protestó:

—En algunas ocasiones yo también llevo un sombrero negro alto como éste, César, sin renegar en absoluto de mi corazón rojo.

Cuando Spaak me preguntó por qué no había visto nunca el mar a pesar de que mi padre había nacido en Ostende, le contesté:

—Somos, como bien sabe usted, obreros. Tenemos que ganarnos la vida todos los días y no tenemos tiempo para tirarnos en la playa a pata suelta.

—Pero en el Parlamento nos tomamos muy en serio su situación —sonrió Spaak con un deje de desdén—. Algún día tendrán derecho a tirarse en la playa a pata suelta.

—Aun así, no tengo la impresión, doctor, de que hayan cambiado mucho las cosas desde que podemos votar —dije, girando la cara hacia atrás para que Spaak pudiera verme de perfil. Su abuelo, Paul Janson, antes de la guerra aún luchaba por el sufragio universal, que nos fue concedido después de la guerra. Pero ¿en qué nos ha beneficiado eso?

—El progreso simplemente va a paso de tortuga —dijo Spaak entre dientes—. La jornada de ocho horas asimismo sólo se consiguió tras años de lucha.

—Después de la guerra, de repente, mucho de lo que se nos negaba antes de la guerra era posible —comenté—. Pero han pasado doce años desde que a los trabajadores se nos concedió algo sustancial. Y si me lo permite, el Parlamento me recuerda bastante a una *procesión de Echternach*: ¡dos pasos adelante, tres pasos atrás!

—Tienes razón al hablar de la procesión de Echternach, César. Pero son tres pasos adelante, dos pasos atrás.

Después de que Spaak abriera su ejemplar del diario *Le Peuple*, preguntó de repente en un tono completamente diferente:

—¿Y ese cabo que llegó a canciller en Alemania a finales de enero? Eso tampoco ocurrió de la noche a la mañana ¿no te crees?

—¿Ese cabo, doctor?

—Adolfo Hitler fue cabo durante la guerra. Tú también viviste la guerra estando al lado de mi madre, ¿me equivoco?

—Así como usted, doctor.

No tenía muchas ganas de dar mi opinión sobre Hitler. En la Casa del Pueblo teníamos fuertes discusiones sobre el *Führer* alemán. No todos nuestros camaradas pensaban que estaba equivocado. A menudo hablaban de los judíos que, como gente codiciosa, dominaban el mundo. Incluso parece que mi propio padre había dicho a veces cosas semejantes sobre los judíos, aunque en casa nunca me había dado cuenta. A final de cuentas, yo sólo tenía cinco años cuando él murió de tuberculosis.

—Recuerdo —repetí— que usted mintió sobre su edad para poder llevar un arma y luchar en la guerra. ¡Eso mientras yo hacía todo lo posible por no tener que llevar uniforme y no participar a la guerra!

—Esa tontería me costó cara, César. Pero cuando eres joven, apenas piensas en las consecuencias. Fui prisionero de guerra con los *boches* durante dos años hasta el final de la guerra.

—¿Y? ¿Aprendió algo de alemán? —pregunté en tono alegre.

—Ni siquiera. Estábamos aburridísimos. Por suerte, pude interpretar algunas de las obras de mi padre, Paul, que se habían estrenado en el *Théâtre Royal du Parc* antes de la guerra. En ese entonces, yo sólo tenía siete u ocho años.